

Two Poems

Translated by Yasmín Rojas

These poems were originally written in Spanish by the poet Ángel José Fernández and translated by Yasmín Rojas who is currently a PhD student of Latin-American literature. The first poem occurs in a specific terrain, El Bordo, located in the state of Veracruz where the tropical landscape provides the perfect *leit motif*. The second, terrible yet beautiful, retells the life of a generous carpenter from childhood to adulthood and finally death.

Hermana mía, en el Bordo

HERMANA mía, desnuda
al pie del viejo encino:
probamos el amor entre la yerba,
junto al diente de león que dirigía
las ráfagas del cierzo.

Hermana, hermana, el monte
—con su núbil sombrero—
presagió las querellas temerarias;
su peñón nívico y rudo me embestía
desde el cielo imponente.

Hermana de mis dedos,
con mis manos forjaba
la corva de tus muslos sedentarios
y el florecer del pecho, dúo de eclipses,
del que soy hijo y padre.

Sembrado en ardua brecha
de almendros matutinos,
el sol del nemoroso suelo antiguo
cantaba el himno azul para los cuerpos
que anulaban su sombra.

Hermana mía, terrestre,
de argamasa en la cumbre,
del sollozo y del término gemela:
de torpe sobriedad del alma, líbrame,
sálvame en la caída.

Hermana mía en el bordo
del abismo entre nieblas:
atájame el camino de las nubes,
devuélveme a la orilla, al precipicio,
a la arena del mundo.

Sister of mine on the precipice

SISTER of mine, bare
on the edge of an old oak tree:
we tasted love on the grass,
next to the dandelion which directed
the cold north winds.

Sister, sister, the hill
-with its nubile hat-
foretold the hasty quarrels:
its snowy and rough rock charged at me
from the imposing sky.

Sister of my fingers,
with my hands I forged
the pit of your sedentary thigh
and the blooming of your chest, duet of eclipses,
of which I am son and father.

Seeded in arduous breach
of morning almonds,
the sun of the woody antique floor
sang the blue hymn for the bodies
that annulled its shade.

Sister of mine, terrestrial,
of mortar peak,
twin of sob and conclusion;
of clumsy sobriety in the soul, spare me,
save me in the fall.

Sister of mine on the edge
of the abyss between fogs;
contain the clouds' journey,
return me to the edge, to the precipice,
to the sand of the world.

Mi tío el carpintero

AMABA en su niñez la sombra de los tilos,
muy esbelta en contraste con las nubes.
Luego al crecer trepaba en los cerezos,
para observar el sol o andarse por las ramas
y comerse los frutos a escondidas.

Rondaba en los breñales, entre matas y arbustos;
desramaba madroños o desbrozaba tejos y castaños.
Una espesa nevada lo hizo carpintero.
Sin tierra que labrar, sin templos ni cuarteles
donde ir, se volcó en las faenas de la talla.

Entonces comenzó su diálogo con robles y caobas,
y aprendió los secretos de la regla y el cálculo.
Dotó a los caseríos de muebles y atrajo el bosque hasta las casas
con los postigos libres de la imaginación;
metió hasta la cocina la tarjeta postal de los paisajes.

Pulió sus oficios hasta volverse artista
y un día más bien de ocio emprendió la factura de su propio ataúd.
Fue su materia prima la troza de un ciruelo,
rica en tramas rosáceas y enrojecidas vetas
que el barniz resaltó con perfección solemne en los tablonés.

Lo envolvió en unas mantas y lo trepó al tapanco
para esperar la fecha de ese día intransferible.
Una noche de viento, ya madura, tocaron a su puerta
el dolor y los deudos con la piadosa urgencia de una caja de muerto;
así empezó la historia interminable.

Con el grueso tocón de un haya trunca
—obsequio del verano— suplió aquel gesto de misericordia.
Fabricó nueva caja en domingos y asuetos;
al desbastar los cospes, su tacto adivinó las vistas
de su nuevo ataúd para la vida eterna.

Los inmensos conjuros del azar o la suerte
le endilgaron tenaz predicamento. No hubo error ilusorio.
Ni este cajón ni el otro, ni el siguiente ni el último siquiera,
protegeron sus restos al morir de improviso;
se amortajó con paños: la tierra fue su féretro.

* * *

My Uncle the Carpenter

IN HIS CHILDHOOD he loved the shadow of the lime blossoms,
very slender in contrast to the clouds.
Then, when grown, he climbed the cherry trees
to observe the sun or beat around the bushes
and secretly eat the fruits.

He wondered around the heaths, between bushes and shrubs;
he sheared strawberry trees or cleared the yew and chestnut trees.
A thick snowfall made him a carpenter.
Without land to cultivate, without temples nor quarters
to go to, he turned to carving tasks.

And then he began the dialogue with oaks and mahogany,
And he learned the secrets of the ruler and calculation.
He furnished houses and drew the forest to the homes
with the shutters free of imagination;
he brought into the kitchen landscape postcards.

He polished his profession until he became an artist
and one leisure day he crafted his own coffin.
His prime material was a plum tree log,
rich in rosacea blooms and reddened vines
that with the varnish they stood out in solemn perfection on the boards.

He wrapped it with blankets and placed it on top of floorboards
to wait for the day of the in transferable date.
One windy already mature night, they knocked on his door
the pained and the bereaved, with the merciful urgency for a casket:
that is how the endless story began.

With the thick stump of a cut beech
—a summer gift— replaced that gesture of mercy.
He fabricated a new box on Sundays and days off;
When brushing up the tree ferns, his tacts guessed the views
of his new coffin for (the) eternal life.

The immense conjures of chance or luck
foisted him a tenacious predicament. There was no illusory error.
Not this crate nor the other, not the next nor the last one,
protected his remains as he unexpectedly died;
he was wrapped in rags; the soil was his coffin.
